



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTRAS ACTRICES
BALBINA VALVERDE



Lit. de Brabo. Deseñado. 14 y Carbon. 1. Madrid.

Aunque ella no quiera,
nos hace felices,
porque es la primera
de nuestras actrices

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Humoradas, por Ramón de Campoamor.—Desencanto, por José Estremera.—Ultramarinos, por Clara.—Intimidadas, por Sinesio Delgado.—Más decadencias, por Tomás Tuero.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Balbina Valverde.—Las mujeres del porvenir.—De potencia á potencia, por Cilla.



Los recientes sucesos políticos han ocupado por completo la atención del país durante la semana. En los cafés ha sido muy debatido el asunto de la insurrección, y muchos de los jóvenes que aspiran á representar el país en las futuras Cortes aprovecharon la ocasión para pronunciar discursos vehementes, con gran asombro del camarero, que no hacía más que decir:

—¡Caramba con D. Aquilino! ¿Quién había de pensar que siendo de Castropol hablase tan bien?

Algún parroquiano preguntaba entonces al mozo:

—¿Le conoce V.?

—¡Si es de mi mismo concejo! El vino aquí junto á un tío sacerdote y lo metió en los Escolapios pagándole los estudios. Pero, amigo, el muchacho ha salido con tal disposición, que se fué de casa del tío con la doncella y pusieron un establecimiento de quincalla fina en un portal de la calle del Cornillo. El, además, tiene la carrera de perito agrónomo y ahora anda en eso de las elecciones, para que le saquen diputado.

Toda persona que en algo se estima condena con indignación los sucesos, y Aquilino es de los que han sentido que «la vergüenza escaldaba sus mejillas,» como dice él; añadiendo que «estas demencias nos deshonran á los ojos de las naciones cultas.»

En eso no nos metemos; pero conste que el tema de todas las conversaciones ha sido lo de Cartagena y que hasta las señoras han tomado parte activa en la reprobación del movimiento.

Algunas que tenían ya lista la sala para recibir á sus amigos, suspendieron la reunión en señal de duelo y de adhesión á los poderes constituidos.

Un joven que toca el arpa en las tertulias había remitido por la tarde el instrumento á casa de Cimborrio, que reciben todos los lunes; pero ellas se negaron á admitirlo, devolviéndoselo al joven con la siguiente carta:

Señor D. David Caobilla. Mi estimado amigo: Devolvemos á V. el instrumento, porque no nos parece bien que echemos en olvido los duelos de la patria para entregarnos al placer. El mozo va pagado. Suya afectísima, Zoa.»

Aquella noche llegaron algunos tertulianos, creyendo que se celebraría la reunión, según costumbre, pero decían las de Cimborrio:

—No, no; que no se nos confunda con esa gente grosera que no siente las heridas de la nación. ¿Qué se diría de nosotros en Palacio al saber que hablamos abierto los salones un día como hoy!

—¿Conocen V.V. á alguien allí?

—Sí señor; llevamos muy buenas relaciones con un ugiar, que es paisano de papá y han sido compañeros de armas.

—¿Han servido en el mismo batallón?

—En la fábrica de Toledo.

—¿Como oficiales?

—Sí; como oficiales... armeros.

Bueno es que esté vivo entre nosotros el sentimiento de la patria.

Decía la esposa de un barbero que tira á dentista:

—Teníamos para hoy un cochinitillo asado, que le había

regalado á éste un senador del reino por limpiarle la dentadura; pero con estas cosas de la política, se nos ha quitado el humor. No sé cómo hay quien pueda pasar bocado, cuando peligran los senadores.

La sublevación no ha sido causa bastante á impedir que los Tenorios callejeros hiciesen de las suyas.

En la calle de la Arganzuela fué sorprendido la otra noche un joven que huía en un simón con una hija de familia algo fea, pero enamorada.

—¡Alto!—dijeron los vigilantes.

—Yo la amo—contestó el galán, tratando de ocultar á la chica debajo del asiento.

—Vengan VV. á la prevención.

—¿Juntos?

—Y atados.

—Pues bien; átenos V. muy juntitos para que pueda aspirar el perfume de su aliento.

Acudió el padre de la joven y quiso matar al seductor; pero éste se arrojó á sus pies sollozando. Entonces hubo una de esas escenas que parten los corazones.

—¡Infames!—gritaba el padre ofendido.

—¡Perdón!—repetían los culpables.

—Sí, sí, mátenos V.—clamaba el joven.—Lo merecemos.

—¡Haber deshonrado mis canas! ¡Haber manchado mi honor! ¿Quién es V.?

—Yo soy Celodonio; estoy en consumos...

—Pues bien; se casará V. con mi hija.

—No puede ser.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¡Porque estoy casado con mi patrona!

Nuestros más distinguidos rateros van cayendo en poder de la autoridad. Después del acreditado *Santo negro*, han caído *Rata rosa*, y poco á poco iremos conociendo nuevas aprehensiones, hasta que llegue un día en que preguntemos por cualquier amigo del alma y se nos conteste:

—Está en la Carcel-Modelo.

—¿Se ha metido en política?

—¡Quia! Ha resultado *rata*.

—¿Cómo?

—Ahora parece que casi todo el mundo es *rata*.

Así como antes se pasaba uno la vida tratando á un sujeto, sin descubrir en él síntomas poéticos, y luego resultaba ser autor de un drama, ahora vive uno en buena amistad con cualquiera, y le confía sus secretos, y le va á ver cuando está enfermo y le paga el café, y al cabo de algun tiempo el amigo resulta que es un tomador de los más aplaudidos.

Yo no extraño nada de esto, porque son innumerables los desengaños que me lleva producidos la amistad. Tenía yo un amigo, excelente persona, simpático, de buenos sentimientos, y hasta liberal. Un día fuí á ver un cuarto desalquilado, y pregunté las señas del dueño: pues bien; el dueño era mi amigo.

¡Haber estado queriendo á aquel hombre, durante un año, sin sospechar que era casero!

Van á comenzar las veladas poéticas en el Ateneo. ¡Dios nos coja confesados!

Se anuncia la aparición de nuevos astros en el cielo de la poesía lírica.

Hay varios chicos que buscan recomendaciones para que se les deje leer sus cosas, y se hacen grandes elogios de una composición titulada: *A mi tío Aniceto, con motivo de la muerte de su madrina*, escrita toda ella por un niño de cinco años, que está dispuesto á competir con los poetas mas prematuros en cuanto á facilidad, profundidad y entonación dramática.

También se espera una colección de poetas de provincias, que no quieren vivir por más tiempo en la oscuridad y se resuelven á sufragar gastos de transporte y pupilaje, con tal de ser conocidos y admirados por la presente generación.

De manera que ogaño se aumentará considerablemente el número de genios, porque los conocidos hasta ahora comienzan á gastarse.

—Ya ve V.—me decía un reformador de la lírica española, que está empleado en una tienda de objetos de escritorio.—A Campoamor y Núñez de Arce nos los sabemos de memoria. Hay que refrescar el género... Tengo yo un conocido, que está empleado en Gracia y Justicia y hace los versos como quien bebe agua. Para obsequiar á Silveira el día de su santo, puso en endecasílabos toda la primera parte del *Enjuiciamiento criminal*.

Quiera Dios que me equivoque, pero es de temer que este año salgan del Ateneo científico y literario cuatro ó cinco genios nuevos.

Porque, la verdad es que, sin saber cómo, nos vamos llenando de genios... y de cólera morbo.

LUIS TABOADA.

HUMORADAS

Al pintarte el amor que por ti siento,
suelo mentir, pero no sé que miento.

Hay quien pasa la vida
en ese eterno juego
de hacer caer á la mujer, y luego
rehabilitar á la mujer caída.

Poniéndose y quitándose alfileres
hacen sitios de Troya las mujeres.

Busca en todo rivales tu mirada
y recuerdan tus celos
un marino en el mar con sus gemelos
que siempre está mirando, y no ve nada.

No le gusta el placer sin violencia;
y por eso ya cree la desgraciada
que ni es pasión, ni es nada
el amor que no turba la conciencia.

¿Pues no quiere que cres
que vió en Valencia una hortelana fea?

Odio á esa infiel, mas durarán mis sañas
hasta el día feliz en que me llame,
pues cuando toca á ellas esa infame
siempre le abren las puertas mis entrañas.

En su primera confesión, á Pura
ya no le dió la absolución el cura.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

DESENCANTO

Dominaba mi balcón
una ventana de enfrente
por la que cualquier mirón
veía perfectamente
parte de la habitación.

En la cual una mañana
vi una mujer hechicera
muy compuesta y muy galana
que al verme abrió la vidriera
y se puso á la ventana.

Chocóme ver que á tal hora
sedas y encajes vestía.
Su presencia encantadora
revelaba que debía
de ser una gran señora.

Una mirada glacial
tal vez cruzamos los dos;
mas yo la hallé celestial
y le dí gracias á Dios
que me dió vecina tal.

Sentí en mi mente nacer
quiméricas ilusiones;
pero supe contener
mis locas aspiraciones
diciendo: «(No puede ser)»

Y á mí mismo me decía:
«Cierra el balcón, majadero,
que estar aquí es tontería:
no há de aspirar un coplero
á dama de tal valía.»

Mas, con tanta reflexión,
siempre quieto me quedaba
asomado á mi balcón;
y á poco vi que se entraba
la dama á su habitación.

Derecha á un diván se fué,
se sentó, arregló su traje,
y coqueta ó no sé qué,
alzó su falda de encaje
y enseñó su lindo pie.

Después de tanto aparato
fijó sus ojos en mí,
yo la miré turulato,
y los dos quietos así
estuvimos largo rato.

Mas ¡ay! que mi obligación
me llamaba á otro lugar,
y abandoné mi balcón
con un horrible pesar,
con una ardiente pasión.

Llevo de inmensa alegría,
á la mañana siguiente
fui á ver á la hermosa mía,
y sucedió etacamente
lo mismo que el primer día.

Bendije mi buena estrella
al verla conmigo así,
porque, sin duda, mi bella
debía sentir por mí
lo mismo que yo por ella.

En la calle otra mañana
ví á mi incógnita belleza
disfrazada de artesana
con pañuelo á la cabeza
y envuelta en mantón de lana.

Y maldiciendo al instante
mi malaísima fortuna,
dije: «Esta dama intrigante
se disfraza para alguna
aventurilla galante.»

Entró en su casa; la ví
que subía la escalera;
al portal me dirigí;

encontré allí á la portera
y ambos hablamos así:

—¿Conoce usted á esa mujer?
—¿Cuál?—La que acaba de entrar.
—¿Pues no la he de conocer!
—¿Me quiere usted informar?...

—Lo haré con mucho placer.
—¿Vive aquí?—No vive aquí.

—¿Es casada?—No sé nada.
—¿Y viene á menudo?—Sí.

—¿Á qué?—Pues, aunque es tallada
y no se fía de mí,
todo lo sé, caballero;
es modelo. —¿De candor?

—No... es decir, no lo sé...—Pero,
si es modelo...—Del pintor
que vive aquí en el tercero.

Yo, viendo aquellos primores
y aquellas miradas viendo
creía inspirarla amores,
y jera que estaba poniendo,
como dicen los pintores!

José ESTREMERÁ.

ULTRAMARINOS

Yo había oído Velardes y no sabía dónde.

Había oído que el poeta de nacimiento y empleado de afición D. José Velarde se había ido *más allá de las Islas Filipinas*, no á guisar huevos, según el sano consejo de Iriarte, sino á *hacer administración*.

Peró, por lo visto, no hay tal cosa. El Sr. Velarde no se fué á Ultramar, sino que escribe cartas para Ultramar, y no para Oceanía, sino para América.

El Sr. Velarde, en vista de que no siempre dan un destino por un poema, cogió y se metió á corresponsal de un periódico de Montevideo, que se llama *La Razón*.

Santo y bueno. Está en su derecho. Pero lo que ya no está bien ni medio bien es ponerse á insultar á las señoras y á los gallegos.

Estos literatos desechados suelen gustar bromas por el estilo. ¿Que aquí en España se les dice cuántas son cinco y que ellos son unos cualquier cosa? Pues van ellos y ¿qué hacen? En vez de mandar un comunicado al periódico en que se les pone como chupa de dómene, meten toda la bilis de su impotencia desengañada bajo un sobre y la mandan á la hermosa América latina, aquella tierra casi virgen; y digo casi virgen, porque donde entran corresponsales como Cañete y Velarde, que todo lo desfloran con su *estilo* más ó menos clásico, no hay tierra virgen que valga, ni selvas vírgenes, ni doncellez posible.

El Sr. Velarde, furioso porque nadie le hace caso, ni los mismos que le aplaudían hace años en el Ateneo, desahoga la cólera escribiendo cartas á los lectores de *La Razón*, de Montevideo, en las que pone de oro y azul á Emilia Pardo Bazán y á todos los gallegos.

También Cañete le manda de vez en cuando al *Diario de la Marina*, ó no sé qué periódico de Ultramar, suspirillos germánicos en que desprecia, ó finge despreciar, á los literatos españoles que, positivamente, se ríen de él. Así, por ejemplo, cuando se celebró el triunfo de Pérez Galdós en grandes banquetes, si Alarcón se fué á Córdoba, Cañete se fué á América, y allí se despachó á su gusto contra el autor de *Gloria*, que nunca le hizo más daño que el de ser un gran novelista.

Pues un daño por el estilo le habrá hecho Emilia Pardo Bazán á Velarde. Y para que todo sea coincidencias, también para Emilia Pardo hubo banquetes en Madrid.

Por lo visto, á estos corresponsales de ultramarinos se les indigesta lo que comen las personas de talento.

Pero Cañete, que comprende que Velarde es un sabio, y hasta un poeta, que, hablando con formalidad, tiene dotes positivas de literato verdadero, pues sabe muchas cosas, aunque ignora otras muchas, y en lucidos intervalos tiene hasta buen gusto y juicio sólido; Cañete, que al fin y al cabo es un escritor y hombre de mundo, jamás ha tenido la ocurrencia de insultar á toda una región de España, con motivo de zaherir á un hijo de tal ó cual provincia.

No se le ocurrió á Cañete, al tirar chinitas, tal vez chinitas de encargo, á Pérez Galdós, decir que de Canarias no podía salir nada bueno; y que los de Canarias, al fin canarios... ni menos pretendió demostrar que los habitantes de aquellas islas, más eran gorriones que otra cosa.

Pues Velarde, que es á mi juicio un grafomano, sin que esto sea ofenderle (y si lo fuere retiro la palabra), tomó la cosa más á pecho, y sin saber lo que hacía se metió á insultar á Galicia en-

LAS MUJERES DEL PORVENIR



Hace dos horas completas
que aguardo, y me llevo mico.
¡Por aquí no pasa un chico
que valga cuatro pesetas!



Como abunda por la corte
tanta muchacha atrevida,
una va comprometida
con un chico de este porte.



Aunque hembra de mucho fuste,
me hierve la sangre moza...
¡A ver si en aquella choza
hay un zagal que me guste!



¡Dichita! Apesar del pudor,
este llevo me llo' erca mañana.
¡Voy a ver si nos oye su hermana
- tenemos un lance de honor

tera con todos sus gallegos, y de camino á tirar pullas á Castelar y á Ortega Munilla que, cada cual en su cuerda, han pasado el verano alabando á Galicia y á los gallegos.

Entre otros dones que le faltan al Sr. Velarde, se cuenta el de la poesía, eso ya se sabe; y el de la oportunidad.

Porque, como dice muy bien *La Concordia*, de Vigo, es dar pruebas de enajenación mental «escribir para la capital argentina, donde hay sesenta mil gallegos, diciendo de éstos que proceden de una tierra que no ha sido capaz de producir nada notable!»

¿Qué había de suceder? los sesenta mil gallegos de allá, y todos los miles de gallegos de acá, se han echado sobre el señor Velarde, y á estas horas no debe de haber casta de él.

Y no merece menos el que dice, entre otras lindezas:

«Como en tierra de los ciegos, el tuerto es rey, D.^a Emilia Pardo Bazán es la reina de la literatura gallega.»

¿Qué fino! ¿Qué atento!

Empieza llamando tuerto á una dama que tiene dos ojos, según me han dicho, que yo no la conozco, como dos... en fin, dos buenos ojos; y de camino llama ciegos á los gallegos. Hombre, ¿Sr. Montero Ríos! deje V. cesante al Sr. Velarde, si es que está empleado, ya que no se atreve V. con el rector de Oviedo.

«Decir que el pueblo gallego es poeta, es lo mismo que asegurar que es torero, falso testimonio de marca mayor.»

«Los talentos del pueblo gallego son propios para el estudio *enrevesado* del derecho (*sancta simplicitas!*) y las minuciosidades de las *cuatro primeras* reglas de la aritmética.»

Por lo visto el Sr. Velarde sabe de una *quinta regla* de la aritmética.

Tiene gracia eso de despreñar la aritmética. El Sr. Velarde no sabe contar más que con los dedos de la mano izquierda. Porque la derecha no sabe dónde la tiene.

¿Y lo del estudio *enrevesado* del derecho?

¿Qué idea tendrá del derecho el Sr. Velarde? ¡Infeliz!... Vuelvo á llamarle profano y vuelvo á retirar la palabra si le parece mal.

De modo que para Velarde el gran pueblo romano valió poca cosa «porque su vocación fué el estudio *enrevesado* del derecho.»

Por lo demás, los gallegos no se distinguen por el estudio *enrevesado* del derecho, y si ha habido gallegos ilustres en la jurisprudencia, no ha sido en número notablemente superior al que puedan ofrecer en política, en letras, en armas, etc.

Para el Sr. Velarde lo que hay que hacer en este mundo es escribir poemas descriptivos climatológicos con las fiestas móviles, apertura de la caza, época de las velaciones y tempestades probables.

Es chistoso que un señorito que no sabe más que decir cosas imposibles en endecasílabos como adoquines, se ponga á despreñar el derecho y la aritmética, y á los gallegos en general y á Emilia Pardo en particular.

Y como si yo fuera gallego también, me suelta un par de chinitas y me llama sabio profundo. ¡Váyase V. á... hacer poemas —que viene á ser lo mismo que iba á decir.»

Y dice también que ni Emilia Pardo, ni yo, ni Picón, sabemos literatura española.

Repito que yo no soy gallego, ni siquiera adoptivo.

¿Que no sabe E. Pardo Bazán literatura española? Pregúntesele Velarde á Menéndez Pelayo. A no ser que para Velarde tampoco Menéndez Pelayo sea juez competente...

Por lo visto, no, porque luego dice: «Si en España hubiera críticos de veras.»

¿De modo que para Velarde no hay críticos en España?

Menéndez Pelayo ¿no es crítico? Valera ¿no es crítico?

En cuanto á lo de que yo sé poca literatura española, ha acertado el Sr. Velarde, pero ha sido por casualidad.

Aunque he estudiado un curso de literatura española con Canalejas (D. F.), y dos con Amador de los Ríos, y muchos conmigo mismo, declaro que no soy ningún portento (ni medio) de erudición en esta materia; pero esto ¿cómo le constaba al señor Velarde?

Si yo nunca me he metido á erudito, ¿cómo sabe el Sr. Velarde que sé poca literatura española? ¿En qué lo ha conocido?

¿Si será porque he dicho que sus poemas son disparates ridículos desde el principio hasta el fin?

Pues en esto he dado pruebas de buen juicio y de cierta aptitud para la crítica.

Y sobre todo, yo no soy gallego; ¿por qué la toma conmigo el Sr. Velarde?

Ya le he dicho á él en Madrid, en el rifón de España, que en punto á literatura no era más que un pobre diablo.

Y él va y se venga de mis arranques de franqueza... en Montevideo.

¿Qué les importa á los industrioses habitantes de Montevideo que yo sépa literatura ó no?

Y á mí, valga la verdad, ¿qué me importa que V. quiera desacreditarme en Montevideo? ¿Cree V. que ando yo á caza de correspondencias ultramarinas?

Venga, venga V. á Madrid, y sométase á la siguiente prueba:

Se nos coloca á los dos en paraje público, por ejemplo, en el salón de sesiones del Ateneo. (No se permite la entrada á las señoras, porque ni V. ni yo tenemos mucho que ver.) Ya estamos uno enfrente de otro... Y viceversa.

Bueno. Pues ahora V. se pone á burlarse y reírse de mí, y yo me pongo á reírme de V.

Y juro á Dios (y apuesto cualquier cosa), que el público *en masa* reconoce que V. no se ríe de mí de veras, y que yo me río de V.—en cuanto literato—y de sus venganzas ultramarinas, con todo mi corazón.

Se nos ha de conocer en la cara.

Estoy seguro de que V. no me tiene á mí por tan poca cosa como dice. (Por más que yo no valgo nada.)

Y yo... —créame V., por Dios, santo varón; —le tengo á usted por la cosa (literaria) más insignificante del mundo.

Y ahora que los gallegos se las entiendan con él.

CLARÍN.

INTIMIDADES

Una mancha de tinta
me acaba de caer en la solapa...
He ensayado á taparla con la cinta
y es inútil trabajo; ¡no se tapa!
¿Acaso con limón quitarla pueda?
Mas no me atrevo á tanto
porque luego se queda
la mancha del limón y ¡qué adelanto!
Si salgo por las calles de la villa,
de ese cuadro de lujo empañó el brillo
con mi modesto terno de lanilla
que siente la nostalgia del cepillo.
Y como yo no entiendo de respuntos
y del polvo y la lluvia no hago caso,
escucho á cada paso
que me llaman *Adán* los transeúntes.
Sufré un error la multitud entera,
porque soy un gomoso de primera,
pero esta profesión endemoniada
tanto me da que hacer, me ocupa tanto,
que á las tres de la noche me levanto
y no me queda tiempo para nada.

SINISTRO DELGADO.

MÁS DECADENCIAS

En el Ateneo de Madrid va á comenzar una serie de conferencias, históricas todas según parece, que están llamadas á despertar mucho interés. Así lo dice *La Correspondencia*, y Dios la oiga, pues buena falta hace.

El Ateneo, á su vez, podía ser objeto de otra conferencia, perfectamente histórica también, y por desgracia bastante triste.

Eso de ahora, esa casa nueva de la calle del Prado, ¡ay! no es el Ateneo. Aquel viejo edificio de frente á San Luis, con sus paredes agrietadas, con sus pasillos de casa de huéspedes, con su vagón, al que no contribuía á embellecer el retrato de Corradi, con su cacharrería revolucionaria, preferida por el cuarto estado de la literatura y el proletariado de la ciencia... ¿qué se hizo?

¿Y aquel salón de sesiones, donde entre pitillo y pitillo oía uno hablar del determinismo, del trasformismo, del naturalismo; en fin, de lo más hondo que podía sospechar el secretario de la sección que actuaba, sentándonos, unos á la derecha, otros á la izquierda, según las opiniones que tenía cada quisque, é influyendo en el debate en las mil formas con que un público apasionado influye en el orador; aquellas interjecciones, aquellos aplausos, aquel Padre Sánchez, ¿qué fué de todo eso?

Cierto que allí ha consumido muchos turnos la necesidad humana; pero en cambio se oían también discursos de Moreno Nieto, de Revilla, de González Serrano, llenos de fuerza y de doctrina. Hasta los oradores *pour rire*, los que llevó después Romero Robledo al Congreso, tenían su lado respetable y simpático: la fe con que luchaban, y aquello de salir á la palestra, como cumpliendo un sagrado deber, siempre que se atacaba á algo secular ó de mucho fundamento histórico. Recuerdo que en cierta ocasión un demócrata habló, en un pasaje de su discurso, del *barbaro* Theodoros de Abisinia... Todo el mundo sabe

que Theodoros era efectivamente un café, que no habla con quien tratar: pues bien; un orador de la derecha, muy grave, interrumpió, sin embargo, diciendo: «Respete S. S. la majestad cárdal: Calculen VV., con este dato, las oleadas de indignación que se levantarán allí si se tóraba a las instituciones de primera clase, tales como la propiedad, la familia, la religión... Pero todo esto, repito, edificaba: eran entusiastas, eran luchadores.

Y el Ateneo agitó en esa época cuestiones importantes, de que las reales Academias, eternamente inútiles, no tenían la menor noticia. Allí se discutía sobre los orígenes del lenguaje, y es el día de hoy en que Mariano Catalina apenas sabe hablar. En varias ocasiones, y con profundo espíritu, se examinó por pensadores sinceros la pavorosa cuestión social... ¡vayan VV. con la cuestión social á la de Ciencias Morales y Políticas! ¡Como si no tuviera bastante con las cuestiones del momento, y en especial con la de Romero ahora! En fin, hasta en Ciencias Naturales, mi querido amigo el Sr. Monreal, excelente crítico y químico, inventó, si mal no recuerdo, la *materia radiante*, ó por lo menos yo, extraño á estos estudios, nunca ni hablar de ella hasta entonces... Se trabajaba, en suma: en el Ateneo tenían un templo la ciencia y el arte, como decían los gacetilleros. Los pocos sabios que en Madrid han sido pasaron por allí, dejando al pasar su escote de ciencia.

Hoy...

Desde que fue elegido Presidente D. Antonio Cánovas, toda la ciencia que se derramó en el Ateneo prede envolverse en una hoja de pergamino. Así como hay señoras, hay caballeros que matan; á Cánovas se le queda en la mano todo lo que toca. Yo creo que mata con los ojos: es uno de nuestros primeros basiliscos.

Por lo pronto se nos vino encima con un discurso hasta los gabilanes. Entonces se inició la descomposición. ¿Quién ha olvidado aquella memorable noche? Había allí *húsares* de Romero, cubiertos aún con el polvo de sus cuarteles, Príncipes y Archiduques de aquí y de allá, Generales, Embajadores, Nuncios... Tocante á Condesas y Vizcondesas, no digamos: parecía una revista de *Almatira*. Claro es que para semejante concurso el Sr. Cánovas era un filósofo completo, y había que ver cómo se entusiasmaba el hombre leyendo sus lucubraciones, mandadas recoger hacia diez años. Pero los ateneístas, acostumbrados á los verídicos pensadores, se indignaron de veras, y se fueron al café ó á Esclava, á cualquiera parte donde no tuvieran que aguantar impertinencias de ningún pedantón.

Verdad es que, con motivo de tanta fiesta, ingresó buen golpe de socios procedentes del Veloz Club y del Casino: pero hay que reconocer que este refuerzo, por estimable que fuera y por bien que se presente de ropa en las grandes solemnidades, aportó datos escasísimos respecto á los problemas que mueven y preocupan hoy á la Europa culta.

Las mal llamadas veladas contribuyeron también, en muy buena parte, á que el Ateneo viniera tan á menos. Sabido es, hasta por los cocheros de punto, que estamos en una época de transición. Quiere decir, que los tiempos no están para décimas. Los genios y geniecillos que tanto gusto dieron á la tribuna de señoras, molestaron notablemente á las personas formales, que en estas batallas del siglo y en estas ansias de la lucha, toleran todas las formas de la neurosis, menos la de la rima. ¡Pues hombre, estamos pasando las de Cain para establecer con alguna firmeza estos puntos de sociología, de arte, de política, y nos vienen con orientales y otras locuras! ¡Todavía no se está de acuerdo, por ejemplo, sobre la cuestión del salario, y quieren regalarnos el oído con leyendas mohosas! Sin duda que el poeta tiene una alta colaboración en la tarea general: pero ha de apartarse para siempre de las fútiles tradiciones. Hoy, como dijo Victor Hugo, se desearía oír á los ruiseñores cantar marselesas. No importa que las damas agiten los pañuelos: es costumbre de las señoras, é indistintamente lo hacen cuando lee versos Grilo ó cuando entra Martínez Campos en Madrid. Soy gran admirador, no faltaba otra cosa, de esa hermosa mitad del género humano que suele hacer de público en tales lecturas; hasta creo que es la única mitad que merece la pena, pero prefiero verla en los palcos de la Ópera, y no aplaudiendo lo que ni entiende ni es menester que entienda. La mujer en el Ateneo me parece ridícula, y lo es en realidad.

De todo lo que dejó consignado, vengo á deducir, que entre Cánovas, la política, los socios *en habit*, las mal llamadas veladas—se duerme uno de pie—y las señoras, han acabado con el Ateneo, ó por lo menos lo han desnaturalizado por completo. Antes se fumaba, se alborotaba, se discutía acaloradamente; después, en los pasillos, mantenábase una sub-discusión, más interesante á veces, y siempre más movida que la primera. Nadie se preocupaba del *plastrón*: por no tener allí cerca la novia, nadie llevaba gemelos de teatro, nadie tentó por un sabio á Cánovas

del Castillo. Pero la verdad es, que por encima de aquel bullicio, de aquella animación, de aquella algazara, flotaba algo que penetraba en nuestra inteligencia, que avivaba el espíritu y fortificaba el entusiasmo... Algo que en la calle del Prado, doy á V. mi palabra de honor que no flota.

«Volverá el Ateneo, algún día, á sus esplendores antiguos? No lo sé. Por lo pronto, el presidente actual ofrece, si cabe, menos garantías que el anterior. Sus palidas democracias le dan mucho que hacer, y la Sociedad tiene que marchar sola. Quizá valga más así.

Pero esta manía de que ha de ser siempre un Ministrillo el que lo presida todo en España, va á acabar por perdersenos...

Así sucede, que hoy el Ateneo es casi menos que el Congreso de los Diputados.

Y quiera Dios que no bajemos más aún.

«Quién responde de que detrás de Moret no venga... sub-Moret, y quede el Ateneo convertido entonces en el círculo de Alberto Aguilera?

«Moreno Nieto, sombra augusta! ¡Protege tu obra! ¡Mira, que si el Cánovas de ahí arriba no tiene un poco de compasión, corre el peligro de acabar en punta esta sociedad á la que tanto amabas, este Ateneo, que fué hogar de tu espíritu...

TOMÁS TUERO.



Leo:

«Se habla del próximo enlace de una interesante viuda, y un joven muy conocido en la sociedad de Madrid por su buena figura y sus ideas avanzadas.»

«Conocido por su buena figura? ¡Ay, hija!

De modo que también el joven es interesante.

Dice *La Correspondencia*, que entre Avila y el Escorial ha caído una espantosa nevada.

Vamos, la llamé espantosa por no decir otra cosa.

«Dos tenores del regio coliseo han tenido un belén... Pero no sigo, aunque dicen, y juran, y lo creo... ¡Vaya! ¡que no lo digo!

«Heimos recibido el primer tomo de la biblioteca *Solo para señoras*...

«Contiene cuatro cuentecitos, ¡que ya, yá! En fin, para señoras.

«Dícese que será trasladado de Washington nuestro Ministro plenipotenciario D. Juan Valera.

«¡Sí, hombre, sí! ¡A ver si con eso deja de traducir poetas norteamericanos!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un coleccionista.—Madrid.—No señor.

Sr. D. T. C.—Barcelona.—Por Dios! no envíen VV. artículos.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Son fuerrecitos. Hay que tener mucho cuidado al decir las cosas picantes.

Sr. D. F. S.—Es bonito el chiste, pero está muy descuidada la forma.

Sr. D. E. V.—Barcelona.—Tiene algunos defectillos, y es fastidiosa.

Sr. D. M. N.—Zaragoza.—También la forma está descuidadilla.

Sr. D. P. C.—Barcelona.—¡Robo!

Sr. D. A. M.—Valladolid.—Recibidas ambas cartas. Los epigramas, ¡ay! Sr. D. S. H.—Sevilla.—Es un estulo el de V. un tanto gongorino... El verso.

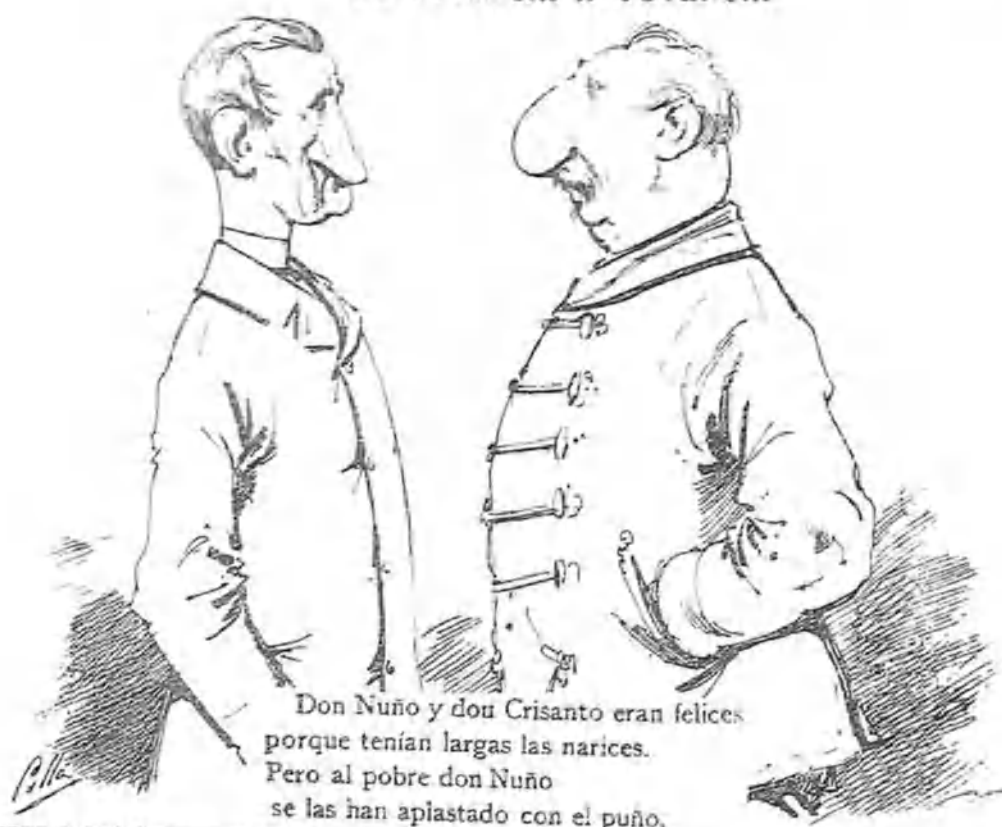
«En el ableno nai del casamiento»

es largo. No hay más que verle.

Sr. D. M. S.—Madrid.—Hombre! Es demasiado triste.

«Quedan sin contestar muchísimas cartas por falta de espacio. Hasta el sábado próximo.»

DE POTENCIA A POTENCIA



Don Nuño y don Crisanto eran felices
porque tenían largas las narices.
Pero al pobre don Nuño
se las han apiastado con el puño,

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10

Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven
si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus
pagos en libranzas del Giro Muno, letras de fácil cobro o sellos
de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a
fin de mes, y se suspende el paquete a los que no hayan satisfecho
el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

BIBLIOTECA FESTIVA

POR

FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENSA.—TOMO I. VIVIR PARA REIR

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja.

Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo, izquierda.—Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre, una peseta para los suscritores
en toda España.

MADRID POLÍTICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO a todos
los suscritores del MADRID CÓMICO.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.

Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redac-
tado e ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.

A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les re-
mitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.

Los que lo sean sólo del *Madrid Político* deberán atenerse
a las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA